

Con la izquierda hemos topado, amigo Sánchez

A fin de no perdernos por la senda de la nueva izquierda

28/12/15

El pasado mes de noviembre, el diario *Público* hizo gala de una capacidad de síntesis verdaderamente inaudita: [Guía definitiva \(o no\) para no perderse por la izquierda](#) –se titulaba el artículo. Puede que no fuese irónico, el título. A estas alturas, lo cierto es que apenas puede sonarnos a ironía. Porque hay y seguirá habiendo por mucho tiempo un buen puñado de candidatos dispuestos a porfiar por la renovación progresiva de la izquierda. Algunos con mucho que perder, otros con menos, pero eso sí, cada uno con su “programa de mínimos”, su “hoja de ruta para salir de la crisis”, sus “líneas rojas” –líneas que, por lo visto, señalan un antes y un después en lo que a los acomodados partidos tradicionales se refiere.

No sorprende, así, que las extraordinarias, por no decir insospechadas nupcias entre derecha e izquierda –en este caso entre Mas y la Candidatura de Unidad Popular– sean hoy motivo de escarnio y befa generales. No es para menos. El riesgo de [Match Point](#) que sugiere E. Juliana desde *La Vanguardia* no sigue, con todo, un guión preestablecido –como tampoco augura un *happy-end* a lo Hollywood. La bola puede caer de un lado de la red o del otro, está claro. Pero es precisamente esta sórdida y romántica aventura, esta suerte de odisea posmoderna, lo que enciende las alarmas no sólo en Catalunya, como bien apunta el fino periodista, sino también en Madrid. Concretamente, en la sede central PSOE. A cuyas puertas se encuentra –como no podía ser de otra manera– la barbarie.

Conviene no olvidar, a todo esto, que las elecciones las han ganado los de siempre, pues en sus manos está el formar gobierno y eliminar cualquier atisbo de radicalidad –cueste lo que cueste a sus ridículos protagonistas. Ahora bien, siempre y cuando no sean tan incompetentes como para no reconocer el signo de su propia condición. La mediocridad, en cualquier caso, nunca ha sido un obstáculo para su popularidad mediática y electoral. Tampoco sorprende que sean ya los viejos capos de las grandes mafias españolas los que hacen su aparición en la escena. Es probable que sean ellos los únicos que pueden seguir dando órdenes y enriqueciéndose en la acogedora sombra de la senectud, mientras los títeres de sus respectivos circos son humillados, revelados y olvidados. Entretanto –según dicen– el Consejo Empresarial espera –pero sólo *según dicen*.

En la cuerda floja, pues, y, no obstante, con las ínfulas propias de todo orgullo herido, los peces gordos de la funesta formación antaño obrera empiezan a verle las orejas al lobo, sólo que esta vez en la forma de un auténtico triturador de chatarra. Por un lado, la plancha de la “gran coalición”, con su rodillo de vergüenza e ignominia, amenaza con vencer el pulso que mantiene contra el PSOE por la “estabilidad”, la “creación de empleo”, el “crecimiento” y otras falacias de la planificación económico-política de nuestro siglo. Por el otro, en cambio, tienen que vérselas con eso que denominan la defensa de la “ruptura de España” –como si ésta hubiera gozado alguna vez de una integridad férrea, o de una esencia y una consistencia a prueba de bombas.

De hecho, los más reveladores síntomas de la fractura interna de la sociedad burguesa española no proceden únicamente de la izquierda, ni de los “anticapitalistas” ni de los “antisistema”. España lleva estando rota ya un buen número de décadas –si no de siglos–, de modo que quien sostenga como posible desenlace electoral su descomposición o su zozobra es poco más que un demagogo a sueldo, un hipócrita sin escrúpulos o –peor para él– un inútil redomado e ignorante. Aquello que sea España no *padece* crisis alguna: España *es* sinónimo de crisis. Si, como advierten desde varios frentes, el futuro del gobierno de España se decide en una surrealista asamblea de Sabadell, todo desprecio a la CUP, toda burla y todo insulto a sus miembros no pueden sino rebotar en el extremo del tablero de juego para regresar inmediatamente al centro.

Llegados a este punto, el PSOE se halla en una encrucijada no ya ideológica, o política, o estética, sino simple y llanamente *existencial*: ceda a la derecha o a la izquierda, el proceso de su desintegración tenderá a acelerarse –lo que hace, además, con cada eventualidad que se presenta. En semejante escenario, dicho sea de paso, no hay un sólo elemento a su favor, ni siquiera la reciente operación de cirugía, que pueda salvarlo con garantías de éxito, pues por mucho que sus barones traten de evitar la convocatoria de nuevas elecciones, no otra cosa es la que se vislumbra en el horizonte.

Será entonces –en una lenta, desesperante agonía, que por cierto asolará también a Mas, Junqueras y compañía– cuando la tendencia general se volverá *destino*. Sólo un interrogante nos inquieta: ¿cuál es el alcance de esta tan esperada –y así llamada– “nueva transición”, de esta fase de cambio político en ciernes? Una vez enterrado el exquisito cadáver de Sánchez, si son los “anticapitalistas” de la CUP quienes tienen en sus manos el timón de la hoja de ruta del *procés*; y si son las alianzas de Podemos y su equipo (de raíces, como opinan algunos, “antisistema”) las que cooperan en un frente común contra el inmovilismo, ¿hasta dónde llegará su potencial político, su libertad de

movimientos? O mejor aún: ¿cuál será la finalidad de esta su herética, intransigente audacia? ¿Cuál habrá sido, pasado un tiempo, su hazaña?

De todas formas, cuesta creer que una asamblea general donde participa un número tal de personas y donde se decide de manera democrática –cosa que no ocurre, como sabemos, en las generales– pueda ostentar algún día el rango de autoritarismo, de unilateralidad y de anomia que caracteriza al caciquismo y la partidocracia españolas. Fenómenos ubicuos donde los haya, éstos se resisten a desaparecer. Como al inefable y todopoderoso dólar, sólo la represión, la mentira sistemática y la violencia pura y dura los asisten en esta su tétrica defensa. Aunque hay bastantes motivos para pensar que ese modelo de dominación se viene abajo. Tarde o temprano, por suerte o por desgracia, uno se ha de topar con la izquierda.

Y ahora ha llegado la hora del PSOE, pero es que toda alternativa a la izquierda dentro del actual panorama electoral se arriesga a pasar por alto el reto de la coyuntura global. Recordemos que la inversión social de los gobiernos occidentales del pasado siglo se debió a condiciones infinitamente más favorables que las nuestras: la Gran Depresión, el final de la Segunda Guerra Mundial, la debilidad del Tercer Mundo y de los países entonces en desarrollo, etc. Ahora que la vida natural de la *economía mixta* toca a su fin, es algo así como una *hegemonía mixta* la que pretende intervenir en los sacrosantos asuntos del Estado. La extensión y las potencialidades de este tipo de discursos parecen verse ahora abocados a compromisos, negociaciones, cálculos ineludibles –límites, todos ellos, a la expresión de la voluntad y del proyecto políticos de un poder popular autónomo. A corto plazo, es cierto, la ilusión, la indignación y la esperanza resultan ser excelentes aliados del esperado cambio político.

A medio-largo plazo, por el contrario, la *transformación social* continúa planteando incógnitas y dilemas irresolubles. A propósito, I. Wallerstein declaraba recientemente, en un texto de octubre titulado [¿Un resurgimiento de la izquierda mundial?](#), lo siguiente: “El modelo de elecciones parlamentarias con dos partidos principales se ha basado en la existencia de un estrato relativamente grande de clase media que está listo para darle un viraje a sus votos ligeramente y con calma entre los dos partidos centristas bastante semejantes. Sin ese modelo en funciones, el sistema político es caótico, que es lo que estamos viendo ahora”.

Un caos positivo, a primera vista: “Cualquier cosa que minimice las penurias –decía en ese mismo artículo– es una mejora. Por tanto, esta clase de vaivén hacia la izquierda es una mejora. Pero en el mediano plazo –y conviene subrayar esto– *no hace*

diferencia en absoluto. De hecho, tiende a oscurecer la batalla real, aquella que concierne la dirección en que va la transformación del sistema-mundo capitalista en el nuevo sistema-mundo (o sistemas). La batalla es entre quienes quieren un nuevo sistema que puede ser todavía peor que el actual y quienes quieren algo sustancialmente mejor”.

Ahora bien, esto que sea sustancialmente mejor, ¿qué es? ¿Es la “recuperación” económica, la “estabilidad” y el “crecimiento”? ¿O es la irrupción de una fuerza “plebeya”? En la última de sus aportaciones públicas, el propio Wallerstein, pensador de los grandes ciclos económicos y de los sistemas-mundo, se refería a los [Perdedores electorales](#) del presente y aseguraba que el actual “no es un panorama bonito”. ¿Por qué? Porque, en resumidas cuentas, seguimos sin comprender que economía y violencia son dos caras de la misma moneda, que la frontera entre lo legal y lo ilegal se suspende en función de la táctica de los intereses en liza y que la crisis, entretanto, no es un acontecimiento aislado o efímero, sino la esencia misma del modo de producción.

En efecto, esta izquierda alternativa, audaz y de nuevo cuño es la izquierda con la que habremos un día de toparnos –lo que haremos todos, no sólo nuestro extinto amigo Sánchez–; una izquierda entusiasmada que se enfrenta, por su parte, a desafíos radicales. A enigmas que tendrán que ver no tanto con la España conocida hasta el momento cuanto con problemas centrales de la economía política clásica: las relaciones de producción, la ininterrumpida y lacerante crisis (de sobreproducción, sobrepoblación y sobreexplotación) y, como señala el propio Wallerstein, *también con la guerra*.

Para no perdernos por la senda de esta nueva izquierda, va a hacer falta, en definitiva, algo más que una guía, un mapa o una leyenda. Va a hacer falta no un partido ni una formación nuevas sino, antes bien, un conjunto heterogéneo de actores, dispuestos todos ellos a potenciar sus deseos y su conciencia colectiva, a hacerlo *entre todos y en común*; una serie de proyectos contra la propiedad, el intercambio y la desidia generalizada, aptos para la lucha y la labor conjunta –y *decididos a resistir*. Convencidos de la efectividad de nuestras armas, y con la firme voluntad de crecer, la relativa inestabilidad de los gobiernos será una oportunidad más para la acción; las próximas crisis económicas, a su vez, supondrán ventajas potenciales para la disidencia, la autonomía y la libre asociación de los productores inmediatos. Y será ésta la única batalla digna de ser librada: la batalla no por el mundo que perdimos, sino por ese que aún hemos de conquistar. ■